

## LA ÉPICA HISPANOAMERICANA EN LA ÉPOCA COLONIAL

Si no tan temprana como la producción historiográfica de la época, más directamente apegada a los sucesos del Descubrimiento y la Conquista, la épica hispanoamericana colonial tiene un origen muy poco posterior. Además, una vez afirmada llega a alcanzar en aquellos siglos una abundancia y continuidad notorias.

Es evidente que había entre las crónicas y los poemas épicos más de un punto de contacto. Sobre todo, si tenemos en cuenta que la épica hispanoamericana se centró, de manera casi absoluta, aun distinguiendo etapas, en los temas de la Conquista. Especialmente, en su primer siglo. Por otra parte, no puede extrañar que, con posterioridad, aparecieran otros temas, como ocurre con los motivos religiosos. Y sin perder de vista, por eso, la continuidad de la epopeya heroica, ahora dentro de un campo más repartido. En el desarrollo de la epopeya que situamos en el siglo xvi, y para la cual cabe, concretamente, el nombre de epopeya renacentista americana, confluyen dos factores explicables. Por un lado, la difusión contemporánea que gana la epopeya europea, construida sobre el modelo fundamental de la epopeya clásica. Y, por otra parte, con el respaldo y variadas posibilidades que los hechos de la Conquista ofrecen al poeta (aunque, en ocasiones, repugne utilizar este nombre a los autores de epopeyas americanas).

Insisto en que los vínculos que se dan entre las crónicas y epopeyas primitivas en el Nuevo Mundo, son hartamente evidentes. Un caso típico, reiterado siempre como ejemplo, es, como podrá adivinarse, el de las *Elegías de varones ilustrados de Indias*, de Juan de Castellanos, que suele enfocarse a menudo como forma de enlace, tanto al estudiar las crónicas de Indias

como las epopeyas americanas. No era sólo la materia tratada la que propendía al acercamiento. De ahí que la sensación de "crónicas en verso" que producen una buena parte de esas obras sea más bien reflejo del escaso vuelo de los autores. Y no sería descaminado buscar apoyos críticos para distinguir entre el Historiador y el Poeta, con un testimonio americano, en las agudas reflexiones que, en el siglo xvii, escribió Juan de Espinosa Medrano, "El Lunarejo".

He hablado de la abundancia de epopeyas americanas. Sin pretender un número equivalente al de las crónicas (difícil pretensión), contamos con un caudal apreciable de poemas épicos. Se reproduce aquí también el caso de la división que se establece entre las obras publicadas en su tiempo, y las obras publicadas siglos después. Con el agregado, no raro, de obras que permanecen todavía inéditas (Y no hace falta recurrir, en esto, al sector de las epopeyas perdidas o conocidas sólo a través de títulos o vagos indicios documentales). En todo caso, la diferencia entre obras editadas e inéditas se resuelve, en las epopeyas, con una proporción de equivalencias menor a la que observamos en el sector de las crónicas.

Por descontado, estas consideraciones generales no debilitan la elemental comprobación de que se trata, en nuestro género, de una forma literaria bien representada en lo que al número se refiere. Y, sobre todo, con proporcionada expansión en los tres siglos coloniales. Asimismo, los tributos del siglo xviii coinciden también con la etapa final de su trayectoria. Vale decir que la epopeya americana propiamente dicha, a su vez materia narrativa de adaptación, recorre un camino no muy largo. Con su momento de inserción en la época de la Conquista, con un posterior desarrollo, y, finalmente, con un ocaso sincrónico al de la epopeya europea. Con otras palabras, los siglos finales de un género, de ilustre origen y levantada tradición, que se agota en la época del iluminismo.

La epopeya — es bien sabido — alcanzó un especial resurgimiento a lo largo del siglo xvi. Tal situación no supone dejar de lado la trayectoria y brillo de la epopeya medieval, ligada por lo común a los orígenes de las modernas literaturas

européas. Simplemente, lo que quiero señalar es que la epopeya renacentista retoma la línea retórica de la epopeya clásica y sigue a ésta, en mucho, como modelo. A su vez, como la epopeya moderna se proyecta mucho más allá de la época renacentista, incorpora otros rasgos que desbordan una concepción típicamente clasicista. Pero el modelo clásico mantiene su prestigio, apoyado no sólo en los textos originales sino también en las traducciones que aparecen.

En síntesis, los paradigmas son variados, ya que a las epopeyas clásicas se suman las italianas y, en buena proporción, la sólida base que la primera epopeya típicamente americana determina. Así también, sobre el modelo italiano, la octava rima será la estrofa inconfundible de todas (o casi todas) las epopeyas americanas. Agreguemos la incorporación de elementos religiosos cristianos, mitológicos y fantásticos, la contraposición de mundos (Europa-América), y, en fin, una lengua poética de acusado cuño retórico. Estas fueron ciertamente las líneas comunes de la épica hispanoamericana. Líneas válidas, en especial, para las epopeyas “heroicas” y para las que configuran una primera época.

Más adelante — pensamos, por ejemplo, en poemas como el *Bernardo*, de Balbuena, o como el *Poema Heroico* de Domínguez Camargo —, cambian temas, estructuras y hasta la lengua poética. Así y todo, no se rompen vínculos que a la sombra de modelos y Poéticas (más o menos respetados), les sirven de medios de enlace, aunque no admitieran ya las “estrechas leyes” que pretendían, por ejemplo, un filólogo como Cascales.

En rigor, este problema de los cambios en la concepción de la epopeya en aquellos siglos merece mayor espacio, y algunas citas orientadoras. Recuerdo que López Pinciano, cuyo valor como plenitud hispánica de las *Poéticas* está tan bien representada por su *Philosophia Antigua Poetica*<sup>1</sup> de raíces platónicas y aristotélicas, daba respaldo a una categoría genérica de reconocible raigambre clasicista cuando describía la poesía

---

<sup>1</sup> Ver LÓPEZ PINCIANO, *Philosophia Antigua Poetica*, Epístola XI (Ver ed. de Antonio Carballo Picazo).

épica como una obra narrativa en metro, con fábula fundamentada en historia, e imitación común de acción grave, verosímil, moral, "que a todos deleita y agrada". Éste es, claro, el paradigma, si bien la realidad de los poemas nos muestra que la mayor parte de los autores se atrevieron con más entusiasmo que capacidad a la difícil prueba que significaba escribir poemas épicos en el Nuevo Mundo. Es válido aducir aquí igualmente consideraciones generales de índole clasicista que encontramos en Cascales, en sus *Tablas poéticas*<sup>2</sup>, para concluir que, en efecto, en el caso particular de los autores hispanoamericanos estos son, salvo contadas excepciones, versificadores, y no poetas.

#### ÉPICA HISPANOAMERICANA

Hay dos noticias (más que juicios críticos) vinculados a los poemas épicos del Nuevo Mundo que desde hace muchos años se repiten con insistencia, y que, en principio, parecen de fijeza inamovible. El primero se refiere a la prioridad cronológica que se asigna a *La Araucana* de Alonso de Ercilla, más allá de algún vago indicio de antelación que aspira a disputarle ese lugar. Ese papel inaugural, además, crece cuando se tiene en cuenta también el relieve asignado a la obra de Ercilla. La segunda noticia a que me refiero es ciertamente el juicio estampado por Menéndez Pelayo, dictamen harto conocido en que proclama que las tres mejores epopeyas modernas en lengua española fueron escritas en el continente americano: *La Araucana* de Ercilla, el *Bernardo* de Balbuena y la *Cristiada* de Hojeda. O, con sus palabras: "¡Singular privilegio del suelo americano, el que en él hayan sido compuestas las tres principales epopeyas de nuestro Siglo de Oro: la histórica de Chile, la sagrada en el Perú, la novelesca y fantástica en México, Jamaica y Puerto Rico!"<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> Cfr. FRANCISCO DE CASCALES, *Tablas poéticas*, 1ª ed., Madrid, 1617. Ver ed. de J. García Soriano, 3 vols., Madrid, 1961.

<sup>3</sup> Ver MENÉNDEZ PELAYO, *Antología de poetas hispanoamericanos*, I, Madrid, 1893.

Como vemos, en las dos noticias figura el nombre, con mucho de símbolo, de *La Araucana*, que —repito— no es sólo el primer jalón firme en el tiempo (I, Madrid, 1569; II, Zaragoza, 1578; III, Madrid, 1589), sino también la epopeya por excelencia de la literatura hispanoamericana. A partir de su difusión, aun en la forma escalonada en que fue conocida, se convirtió en el modelo obligado de las epopeyas de la Conquista.

Quizás sea el momento de precisar mejor el papel inaugural de este poema. Antes de *La Araucana*, y más bien como dato curioso, suele citarse la obra de Luis Zapata titulada *Carlo famoso* (Valencia, 1566). Sin embargo, la mención es circunstancial ya que no se trata de una típica epopeya americana, si bien en ella se menciona el Descubrimiento y la Conquista americana. De esta manera se explica asimismo el título del estudio de José Toribio Medina<sup>4</sup>. Volviendo a la cita de Menéndez Pelayo, es igualmente justo subrayar que, de manera indirecta, registra no sólo su importancia sino también una notoria variedad temática, más allá de la identificación típica que recae en el carácter de *La Araucana*.

Al seguir con elementales puntos de contacto entre crónicas y epopeyas americanas en aquellos siglos, vemos que, si por un lado la denominación de “cronista de Indias” se centraba en el explicable ámbito americano, es indudable que la epopeya de la época no se liga tan ceñidamente al marco histórico geográfico citado. Mejor dicho: lo incluye por lo común, pero no se restringe a él. O, si preferimos, al exclusivo tema americano que caracteriza a la epopeya del siglo XVI, se agregan en el XVII otros temas: en particular, los religiosos, los fantásticos legendarios, y algunos otros, más raros. En resumen, hay dos temas que se imponen con mayor rotundidad y con repartido predominio: una primera etapa, de total (o casi total), predominio “histórico-americano”; una segunda, de predominio de temas religiosos.

---

<sup>4</sup> JOSÉ TORIBIO MEDINA, *El primer poema que trata del Descubrimiento del Nuevo Mundo*, Santiago de Chile, 1916.

Las dos etapas, con los correspondientes y explicables respaldos. Por un lado, los infinitos episodios del Descubrimiento y la Conquista; por otro, el homenaje y el fervor religioso que elige aquí el cauce del verso en largos poemas. A propósito de los poemas de asunto histórico-americano debemos notar que, a diferencia de la proporcionada relación de las crónicas con los dos grandes centros americanos (México y Perú), y la correspondiente bibliografía que se vincula a estas regiones, la epopeya altera tal proporción y destaca, sobre todo, el papel relevante de Chile. Y no sólo a través de *La Araucana*, tal como lo muestran poemas de Oña, Santisteban Osorio, Xufre de Aguilar, Álvarez de Toledo, Mendoza y Monteagudo... Después de todo, no se trata de paralelismos ciegos, sino de obras literarias que, bien o mal escritas, responden a estímulos personales. Esto, en el sector "heroico" (de acuerdo con la concepción señalada). En lo que tiene que ver con la temática religiosa, raramente se enlaza con la extendida tarea de la evangelización de los indígenas americanos. Aun más, parecería aquí como contradictoria, en relación con metas fundamentales de la Conquista y a la exaltación de los españoles. Por eso, la obra de evangelización y catequización toma otros caminos y formas literarias, y hasta aprovechamientos complejos. Con todo, es digno de citar aquí, como material literario ligado a ese fin, el aprovechamiento de formas teatrales. En fin, volviendo a los contenidos que revisten las epopeyas de tema religioso, es fácil comprobar que los autores prefirieron tomar como eje a Cristo (Hojeda, Corchero Carreño), La Virgen María (Valverde), San Ignacio de Loyola (Belmonte Bermúdez, Oña, Domínguez Camargo), Santo Tomás de Aquino (Sáenz Ovecuri), el Santo Grial (Oña), Santa Rosa de Lima (Conde de la Granja), etc.

No hace falta subrayar la condición religiosa de los autores que elaboraron estas obras, en consonancia, es explicable, con el predominio que tiene la iglesia en la vida espiritual de la Colonia. O, para decirlo con un sintagma archirrepetido,

el papel que representa en la llamada "Conquista espiritual de América".

Sin el ánimo de pasar revista detalladamente a los distintos grupos temáticos, no podemos olvidar que en América se escribió una epopeya como el *Bernardo*, de Bernardo de Balbuena. Poema singular que, sobre un eje histórico legendario de raíz medieval, permite conexiones contemporáneas a su época de elaboración (España-Francia) y enlaces fantásticos. Paralelamente, una profusa acumulación ornamental, y, no menos, la especial estructura de la obra junto a las inserciones líricas<sup>5</sup>.

Por su parte, *La Christiada* aparece como una recreación del tantas veces utilizado tema de la Pasión y Muerte de Jesucristo. Difícil era lograr acentos nuevos en motivo tan tratado. Con todo, el sevillano Luis de Hojeda construyó un digno poema, al que, en algún modo, favorece también la no mucha extensión de la obra, en doce cantos. Claro que la propia riqueza de la literatura religiosa hispánica (o, mejor, española), con el particular brillo de su concentrada lírica, su teatro y aun su prosa discursiva, conspira contra la supervivencia de este buen poema de Hojeda, nacido en tierras peruanas (y no hace falta agregar los factores generales que conspiran igualmente, y no siempre con injusticia, contra este género literario, en nuestros días).

En fin, es de sobra conocido —y resulta redundante insistir en el tópico— que el mejor y más recordado poema épico americano es *La Araucana* de don Alonso de Ercilla. Obra que sin duda aparece como excepción al olvido a que acabo de referirme. Se podrá argüir que a su vitalidad y a su carácter de excepción contribuyen diversos factores. Diver-

---

<sup>5</sup> Ver obras de PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Plenitud de España*, 2ª edición, Buenos Aires, 1945; *Barroco de América*, en el diario *La Nación*, de Buenos Aires, 23 de junio de 1940. FRANK PIERCE, *La poesía épica del Siglo de Oro*, trad. de J. C. Cayol de Bethencourt, Madrid, 1961; y mi estudio general sobre Balbuena, en "La lírica hispanoamericana colonial", en Luis Íñigo Madrigal (Dir.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, I, Madrid, 1982.

sos y variados: los específicamente literarios, los respaldos históricos y hasta el carácter de símbolo nacional (si pensamos, claro, en Chile) <sup>6</sup>. Todo esto puede admitirse, aunque no conviene olvidar, por eso, la especial conformación que le da Ercilla a la lucha entre españoles e indígenas, lo que concede al poema un signo de exaltación tan caro a España como a América. Agreguemos otros rasgos, así como la fusión, a menudo convincente, de diferentes temas (políticos, mitológicos, religiosos, etc.), como alternancia al predominante eje de los episodios militares. Virtud de Ercilla fue el haber dado aceptable unidad artística a materiales tan variados. No es ningún misterio que tanto *La Araucana* como el *Poema de Mío Cid*, más allá de las apreciables diferencias que existen entre uno y otro, son claramente los dos grandes poemas épicos que dan lustre a las letras hispánicas. Y, en lo que los aproxima, no sería inexacto englobar a los dos dentro del casillero de “poemas heroicos populares” <sup>7</sup>.

Cambiando de perspectiva, y atendiendo ahora a un panorama más vasto, así como a una línea más ordenada, no hay dificultad — me parece — en establecer una división apoyada en los diversos estilos de época que corresponden a los siglos coloniales. En todos — o casi todos ellos — encontramos epopeyas, con rasgos que los asimilan a los diversos estilos. Y pienso, en especial, en manifestaciones renacentistas, manieristas, barrocas y rococó. Con respecto a los años finales de la literatura colonial, con su neoclasicismo tardío, es visible que las epopeyas, ya declinantes, no alcanzan a corporizarse. Valgan los ejemplos:

<sup>6</sup> Entre otros datos, vale la comparación que puede hacerse entre *La Araucana* y *La Argentina*, de Barco Centenera...

<sup>7</sup> Como no me detengo en un estudio pormenorizado, resulta gratuito señalar detalladas bibliografías. Por otra parte, los trabajos y ediciones dedicados a Ercilla son abundantes, y sólo corresponde citar aquí los nombres de José Toribio Medina, Fernando Alegría, Frank Pierce, Cedomil Goic, Julio Caillet-Bois, Luis Ñiño Madrigal, Marco Morínigo, Isaías Lerner...



- Renacimiento (*La Araucana*, de Alonso de Ercilla; *Arauco Domado*, de Pedro de Oña).
- Manierismo (*El Bernardo*, de Bernardo de Balbuena; *El espejo de la paciencia*, de Silvestre de Balboa).
- Barroco (*La Christiada*, de Alonso de Hojeda; el *Poema Heroico de San Ignacio de Loyola*, de Domínguez Camargo).
- Rococó (*Lima Fundada*, de Pedro Antonio de Peralta Barnuevo; *Hernandía*, de Ruiz de León).

Por razones comprensibles, no es éste el lugar ni de repetir planteos minuciosos sobre las épocas artísticas citadas, ni tampoco el de probar de manera exhaustiva la relación entre épocas y obras, que, por otra parte, no siempre se da en forma total. En fin, dentro de esta síntesis que presento, reitero las caracterizaciones ensayadas en mi libro *Manierismo y Barroco en las letras hispánicas*<sup>8</sup>. Lo que deseo agregar es que no deduzco las inserciones de los poemas en factores externos o en simples encuadres de tipo cronológico, y, sobre todo, que no aspiro a tomar esas posibles relaciones como fórmulas mágicas...

#### CONCLUSIÓN

Una cómoda y hasta geométrica disposición de los géneros literarios insistió machaconamente, durante mucho tiempo, en la idea de que las epopeyas no habían muerto del todo y se prolongaban en la novela moderna. No nos resulta fácil, hoy, aceptar esta teoría. Más bien, nos hemos acostumbrado — y con razón — a pensar que, sin recurrir a explicaciones de tipo biológico, la epopeya es una forma genérica y poética muerta, o, si preferimos, moribunda (sobre todo si nos atene-

---

<sup>8</sup> Ver mi trabajo sobre *Manierismo y Barroco en las letras hispánicas*, Madrid, 1985 y mi artículo sobre "La lírica hispanoamericana colonial", ya citado.

mos a sus momentos de culminación, muy alejados de nuestros días). Ni más ni menos, aunque no tenga la amplitud que caracteriza nuestro caso, que lo que ha ocurrido con formas como la oda, la fábula en verso, el epigrama... Con la diferencia visible que, en el eclipse, subrayan las dimensiones físicas de la epopeya.

Limitando el enfoque al análisis de las epopeyas del pasado, no negamos la supervivencia de los grandes poemas épicos, si bien aquí habría que escindir entre los dos sectores — diferenciados — que constituyen, en el área de recepción, los críticos e investigadores, por un lado, y el lector común (con la dificultad que existe siempre en perfilar ese “lector común”), por otro.

En realidad, desde hace ya varios siglos los lectores han ido olvidando cada vez más a estos largos y lejanos poemas. El siglo xx no ha hecho sino acentuar, si cabe, esta situación. Se recuerdan, sí, en algunos casos, personajes, pasajes aislados, determinados versos o estrofas. Pero tales muestras no suelen ser, sino raramente, testimonio de un conocimiento directo ni de una frecuentación de tal materia literaria<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Se podrá argüir que en nuestra época, ávida de cercanías, esto no ocurre sólo con las epopeyas, y que el fenómeno abarca, en general, manifestaciones literarias del pasado muy diversas. Salvo, claro, las previsible excepciones que registran, por un lado, grandes obras dramáticas, ya como “teatro” y con el remozamiento que, por lo común, suele prestar la representación escénica. También, determinadas obras narrativas... Y una noticia bien sabida: un arte moderno y particular como es el cine, no deja de prestar, a su vez, alguna ayuda en la rehabilitación de las obras literarias. Pero se trata, claro, de un aprovechamiento y adaptación a través de otro arte. En lo que a nosotros realmente nos interesa, para no alejarnos demasiado de nuestro tema, creo asimismo que hay otros factores que influyen en el olvido o distanciamiento de los poemas épicos de la Colonia, fuera de las causas indicadas. Así, pienso en la reacción, no pequeña en el siglo xx, de la prédica indigenista americana, que ve en la mayoría de aquellos poemas, como lo ve en otras formas genéricas, un reflejo de dominación y sojuzgamiento, que esa prédica rechaza. Quedan, en fin, los juicios críticos de determinados enfoques, más sociológicos que literarios, poco dispuestos, a su vez, a conceder imparcialidad (y, por descontado, valores poéticos) a las epopeyas de la época colonial.

Es de sobra sabido que hoy abundan casos extremos como el de los que consideran que la literatura válida y digna de leerse es sólo la que nació en los últimos años. Asimismo, suele identificarse al lector con determinados géneros, entre los cuales reconocemos la especial repercusión de las formas narrativas. Todo esto, es indudable, no favorece la supervivencia de la vieja materia épica, sin pretender con esto que el olvido es totalmente injusto. Y si en esta especie de condena caen a veces obras de fama universal ¿qué podemos esperar del grupo, mucho más limitado, que constituyen las epopeyas hispanoamericanas de los siglos xvi, xvii y xviii? Porque debemos partir, para ser justos, de la idea de un nivel, en su conjunto, modesto, aunque consideramos “estimables”, y hasta valiosos, poemas como *La Araucana*, *La Christiada* y el *Bernardo* (y, en el ámbito plenamente hispánico, el agregado, en lugar aparte, de parodias burlescas como *La Gatomaquia* y *La Mosquea*). A propósito de estas dos obras, hay que aceptar que, en efecto, la producción peninsular no ha generado en aquellos siglos nada equivalente al selecto grupo de los poemas escritos en América. Y, por supuesto, nada equivalente al brillo de otras literaturas europeas, en particular la italiana<sup>10</sup>.

Volviendo a las epopeyas escritas en América, su lugar de preeminencia frente a las producciones escritas en España es un signo positivo que admitimos, si bien no alcanza, por

---

<sup>10</sup> Una nota bibliográfica final. Como trabajo crítico de tipo general sigue siendo útil el libro del hispanista inglés Frank Pierce titulado *Spanish Epic Poetry of the Golden Age* (hay traducción española, ya citada). A pesar de algunos deslices, insisto en la utilidad de esta obra. En lo esencial, el libro es una visión de la trayectoria de la crítica desde los siglos xvi y xvii hasta nuestra época. Pero dedica también páginas a analizar las epopeyas americanas más importantes. En síntesis, el libro muestra bien el proceso de los estudios dedicados al tema, así como subraya los esfuerzos de los estudiosos de diversas generaciones por adentrarse en este género literario y su compleja literatura. Entre esos esfuerzos, no han faltado tampoco intentos de adaptación para hacer accesible una materia lejana y huidiza.

eso sólo, para despertar el interés del lector moderno, ávido de otros temas y otras formas literarias. Con todo — y sin recurrir una vez más a la explicación del desapego de ese lector por la vieja literatura y, en especial, por la materia épica — no creo que resulte exagerado pedir que, por lo menos y sin esperar grandes descubrimientos, se lean, siquiera como ejercicio útil de lectura, y hasta como humilde homenaje, estos tributos épicos nacidos en nuestro continente en los siglos coloniales.

EMILIO CARILLA